La doctrina Donroe: Europa, Iberoamérica y el hilo del nuevo orden internacional

Julio Guinea Bonillo[1]

Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos

Hay conceptos que parecen nacer como ocurrencias periodísticas y, sin embargo, acaban revelando una transformación profunda del poder. "Donroe", contracción entre Donald Trump y Monroe, pertenece a esa familia de palabras incómodas que no siempre convencen por su elegancia, pero sí por su capacidad para nombrar una época. Lo esencial no es el ingenio del término, sino la mutación que permite advertir. Bajo esa fórmula se percibe el retorno de una idea antigua de la política exterior norteamericana, la convicción de que el hemisferio occidental constituye el primer círculo de seguridad, influencia y grandeza de los Estados Unidos. La diferencia es que esa convicción ya no se formula en el mundo de las repúblicas recién emancipadas, ni en el de las cañoneras europeas, ni siquiera en el de la Guerra Fría. Regresa en una edad de rivalidad tecnológica, cadenas de suministro vulnerables, migraciones masivas, crimen transnacional, recursos críticos, puertos estratégicos, cables submarinos, inteligencia artificial y competencia abierta entre grandes potencias.

La doctrina Donroe no debe entenderse como un simple renacimiento de la doctrina Monroe ni como una excentricidad pasajera del trumpismo. Su importancia

[1] Julio Guinea Bonillo es profesor permanente laboral de Derecho en la Universidad Rey Juan Carlos y doctor en Derecho y Sociedad. Sus principales líneas de investigación se centran en la historia jurídica y política de la integración europea, la acción exterior de la Unión Europea, la PESC/PCSD, la seguridad y defensa europeas y las relaciones entre Europa e Iberoamérica. Es autor, entre otras obras, de *Historia de la política exterior de la Unión Europea* (Aranzadi, 2020) e *Historia de la política de Seguridad y Defensa de la Unión Europea* (Aranzadi, 2021).

radica en que funciona como clave de bóveda de un orden internacional que empieza a organizarse de nuevo alrededor de espacios regionales vigilados por potencias que desean asegurar sus entornos próximos antes de proyectarse hacia escenarios más lejanos. Rusia ha llevado esa lógica hasta su forma más brutal en Ucrania. China la ejerce mediante presión marítima, expansión tecnológica y control de rutas en Asia.

Estados Unidos la formula ahora mediante una restauración hemisférica que pretende impedir que competidores externos adquieran posiciones de influencia en las Américas. Europa observa este fenómeno con incomodidad, pero debería mirarlo también con lucidez, porque la relación entre la Unión Europea e Iberoamérica dejará de ser un capítulo amable de la diplomacia birregional para convertirse en una prueba decisiva de autonomía, inteligencia y madurez histórica.

La primera doctrina Monroe fue proclamada el 2 de diciembre de 1823, en un contexto dominado por la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas y por el temor a que la Europa de la Restauración intentara recomponer el orden colonial perdido. James Monroe, quinto presidente de los Estados Unidos, afirmó entonces que los continentes americanos no debían ser considerados objeto de futura colonización europea (National Archives, 2022). La fórmula poseía una dimensión anticolonial evidente, aunque al mismo tiempo situaba a los Estados Unidos en una posición moral singular dentro del hemisferio. Aquella joven república todavía carecía de capacidad material suficiente para imponer por sí sola su advertencia, y durante décadas la

eficacia real de la doctrina dependió tanto de la voluntad norteamericana como de la conveniencia británica de impedir el regreso de los monopolios coloniales. La doctrina Monroe fue, desde su origen, un principio ambiguo, a medio camino entre la emancipación americana frente a Europa y la afirmación temprana de una vocación directiva de Washington.

John Quincy Adams, verdadero arquitecto intelectual de aquel momento, había ofrecido en 1821 una advertencia que conserva una fuerza extraordinaria. Estados Unidos, dijo, no debía ir por el mundo "en busca de monstruos que destruir" (Adams, 1821). Aquella frase no era una renuncia a la libertad, sino una defensa de la prudencia republicana. Adams sabía que el ejemplo puede ser más fecundo que la cruzada, y que una nación que convierte sus principios en instrumento de intervención permanente acaba poniendo en peligro los principios que pretende defender. La primera Monroe todavía respiraba algo de esa prudencia. Marcaba una línea frente a Europa, pero no formulaba aún una autorización general para administrar la vida política del continente americano.

El equilibrio se quebró con Theodore Roosevelt, vigesimosexto presidente de los Estados Unidos. En 1904, el llamado corolario Roosevelt transformó la antigua advertencia a Europa en una doctrina de policía hemisférica. Estados Unidos se atribuyó la facultad de intervenir en el Caribe y Centroamérica cuando la inestabilidad, la deuda o la incapacidad estatal pudieran ofrecer pretexto a la

presencia europea. Según la síntesis histórica del Departamento de Estado, Roosevelt sostuvo que Estados Unidos podía ejercer un poder de policía internacional en casos flagrantes de incapacidad o conducta irregular (Office of the Historian, s. f.).

Lo que había nacido como principio de exclusión frente al Viejo Mundo se convirtió en gramática de tutela sobre el Nuevo. Allí se abrió una de las heridas más persistentes de la memoria iberoamericana, porque la protección se confundió con subordinación, la seguridad con intervención y la promesa de orden con una larga experiencia de asimetría. Desde entonces, Monroe dejó de ser para muchos pueblos del sur un escudo frente al colonialismo europeo y pasó a representar el nombre civilizado de una dependencia.

La doctrina Donroe se inscribe en esa genealogía, aunque el escenario actual pertenezca plenamente al siglo XXI. Lo que hoy inquieta a Washington no procede de la restauración monárquica europea ni de expediciones imperiales enviadas desde puertos del Viejo Continente. Procede de la posibilidad de que China, Rusia, Irán u otros actores extrahemisféricos adquieran posiciones de influencia en infraestructuras, recursos, redes financieras, puertos, telecomunicaciones, energía y cadenas de valor.

La cuestión ya no se decide únicamente en embajadas, bases militares o tratados de defensa. Se decide también en concesiones portuarias, cables submarinos,

ISSN 2695-7027

centros de datos, explotación de litio y cobre, rutas migratorias, laboratorios de droga sintética, plataformas digitales, deuda soberana e inversiones aparentemente comerciales que pueden adquirir valor estratégico en una crisis. El mundo posterior a la globalización ingenua ha descubierto que la interdependencia no elimina el poder. Lo oculta, lo distribuye y, llegado el momento, puede convertirlo en capacidad de coacción. Pero conviene no olvidar que detrás de cada doctrina, de cada mapa y de cada categoría estratégica viven personas concretas y comunidades enteras que rara vez participan en las decisiones que terminan condicionando su porvenir.

Las doctrinas hemisféricas se formulan en despachos, se justifican en documentos oficiales y se aplican sobre territorios habitados por familias, trabajadores, jóvenes, migrantes, campesinos, empresarios, profesores, autoridades locales y sociedades civiles que no siempre disponen de poder real para intervenir en el juego que otros diseñan. Esa distancia entre la decisión imperial y la vida ordinaria constituye una de las grandes tragedias de la política internacional.

Esta es la razón por la que Donroe no puede despacharse como una extravagancia verbal. La Estrategia de Seguridad Nacional de 2025 presentó de manera explícita un corolario Trump a la doctrina Monroe y lo vinculó con la recuperación de una posición dominante de Estados Unidos en el hemisferio occidental. El documento afirma que Washington debe reafirmar y hacer cumplir esa doctrina para asegurar su primacía regional, proteger el territorio nacional y garantizar el acceso a geografías

clave (The White House, 2025a). A ello se añadió el mensaje presidencial del 2 de diciembre de 2025, en el aniversario de la doctrina Monroe, donde la Casa Blanca sostuvo que la doctrina seguía plenamente vigente bajo el nuevo corolario trumpista (The White House, 2025b). La palabra Donroe, utilizada por la prensa y por analistas para describir esta orientación, no inventa una realidad inexistente, sino que da nombre a un giro que la propia estrategia oficial ha hecho reconocible (*Le Grand Continent*, 2025; Reuters, 2025).

El lenguaje de esa estrategia resulta revelador en la medida en que Washington resume sus objetivos en el hemisferio mediante una fórmula que podría traducirse como alistar y ampliar. Alistar significa incorporar gobiernos y socios regionales a una arquitectura de control migratorio, lucha contra los carteles, seguridad terrestre y marítima y estabilización funcional. Ampliar significa ganar aliados económicos, reordenar cadenas regionales y desalentar la colaboración con actores que Estados Unidos considera adversarios o competidores (The White House, 2025a). La frontera sur deja así de ser una línea territorial y se convierte en un espacio extendido que empieza mucho antes del Río Grande y se prolonga por corredores centroamericanos, puertos caribeños, el canal de Panamá, rutas de la droga y redes financieras ilícitas. La seguridad interior norteamericana se proyecta hacia el exterior, mientras la política hemisférica pasa a ser gestionada por una combinación de defensa, comercio, inteligencia, energía, seguridad interior y control tecnológico.

La evolución de 2026 confirma que el corolario Trump no se reduce a una fórmula doctrinal incluida en un documento oficial. La nueva estrategia antiterrorista de Estados Unidos ha situado a los carteles, las redes transnacionales y las amenazas hemisféricas en el centro de una lectura ampliada de la seguridad estadounidense (The White House, 2026a). Además, la proclamación presidencial de marzo de 2026 sobre la actividad criminal de los carteles en el hemisferio occidental expresó de forma especialmente dura la voluntad de demoler dichas organizaciones hasta donde lo permita el derecho aplicable (The White House, 2026b). La lucha contra el narcotráfico queda así integrada en una lectura mucho más amplia, en la que fenómenos criminales, migratorios y fronterizos pasan a funcionar como piezas de una doctrina geopolítica que redefine el vecindario americano como profundidad de poder de Estados Unidos.

El canal de Panamá permite comprender con especial claridad este cambio de época. Para cualquier observador con memoria histórica, el canal no es una infraestructura más, sino una de las grandes bisagras geopolíticas del planeta. Une océanos, reduce distancias, multiplica la movilidad naval y simboliza la presencia histórica de Estados Unidos en el Caribe ampliado. De ahí que, cuando Washington advierte contra la influencia china en el entorno canalero, no se limite a discutir contratos, empresas o concesiones, sino que afirme que determinadas infraestructuras, aun situadas bajo soberanía de terceros Estados, poseen una densidad estratégica que una gran potencia no considera neutral. En esa lectura se

ISSN 2695-7027

resume una de las mutaciones centrales de nuestro tiempo. Lo que ayer era inversión extranjera hoy puede ser dependencia; lo que ayer era conectividad hoy puede ser vulnerabilidad; y lo que ayer era comercio hoy puede transformarse en instrumento de presión política.

Europa debe extraer de ello una lección severa, sin dar por descontado que sus aliados tradicionales acompañarán siempre sus prioridades. Durante demasiado tiempo creyó que el orden internacional podía sostenerse mediante normas, mercados abiertos, cooperación institucional y confianza en la racionalidad de la interdependencia. Esa visión no era falsa, pero sí incompleta, porque olvidaba que las normas necesitan poder que las defienda, que los mercados no son inocentes cuando se insertan en rivalidades estratégicas y que la interdependencia genera prosperidad solo mientras ninguna de las partes decide utilizarla como arma.

Josep Borrell lo expresó con precisión cuando sostuvo que Europa debía aprender a hablar el lenguaje del poder, no para renunciar a su identidad normativa, sino para poner sus capacidades al servicio de una estrategia (Borrell, 2020). Años después, al hacer balance de su mandato, reconocería que seguía existiendo una brecha entre los discursos dominicales y las acciones del lunes (Borrell, 2024). La doctrina Donroe confirma hasta qué punto esa advertencia era necesaria, pues el problema europeo reside menos en la ausencia de instrumentos que en la dificultad para agregarlos, jerarquizarlos y utilizarlos con verdadera voluntad política.

Esa exigencia conecta con una ambición que la propia Comisión Europea había formulado antes de que las crisis recientes la sometieran a prueba. Ursula von der Leyen habló en 2019 de una Comisión geopolítica y afirmó que Europa necesitaba urgentemente una presencia más clara en el mundo (Comisión Europea, 2019). Esa aspiración, desde luego, no nació entonces. Ya en los debates de la Convención sobre el Futuro de Europa, Javier Solana, entonces Alto Representante de la Unión para la PESC, había defendido ante el grupo de trabajo sobre Acción Exterior la necesidad de superar obstáculos institucionales para avanzar hacia una acción exterior europea más eficaz, coherente y reconocible (Solana, 2002).

Desde un tiempo a esta parte, la guerra de Ucrania, la rivalidad entre Estados Unidos y China, la inestabilidad en Oriente Medio, la presión migratoria, el retorno del proteccionismo y la securitización de las cadenas de suministro han dado a aquella exigencia un contenido mucho más apremiante. Ser geopolítico exige mucho más que añadir solemnidad a los discursos, pues implica decidir prioridades, movilizar recursos, asumir costes, proteger intereses legítimos y ofrecer a los socios una alternativa creíble. Jean Monnet recordaba que los hombres solo aceptan el cambio cuando se enfrentan a la necesidad y que solo reconocen la necesidad cuando la crisis está encima (Monnet, 1976). Europa haría bien en no esperar a que la crisis atlántica se convierta en evidencia irreversible para tomar la decisión de actuar.

ISSN 2695-7027

La relación con Iberoamérica se convierte entonces en un asunto central. La Unión Europea ha hablado durante años de asociación estratégica con América Latina y el Caribe, ha impulsado agendas de inversión como Global Gateway, ha defendido el multilateralismo, ha promovido acuerdos comerciales y ha insistido en la cercanía cultural y política entre ambas orillas del Atlántico. La IV Cumbre CELAC-UE, celebrada en Santa Marta en noviembre de 2025, volvió a subrayar la voluntad de profundizar una relación birregional basada en vínculos históricos, intereses compartidos, multilateralismo y un orden internacional más justo y democrático (Consejo de la Unión Europea, 2025). La agenda Global Gateway para América Latina y el Caribe, con el compromiso de movilizar más de 45.000 millones de euros hasta 2027, muestra que Europa dispone de instrumentos para hacer algo más que formular declaraciones (Comisión Europea, 2023a). Sin embargo, la distancia entre la arquitectura declarativa y la ejecución estratégica sigue siendo el punto débil de la acción exterior europea.

Iberoamérica necesita una Europa que no llegue tarde ni envuelta en superioridad normativa, sino capaz de actuar con respeto, continuidad, financiación, tecnología, inteligencia diplomática y sensibilidad histórica. Más que sermones o nostalgia, la región requiere socios, proyectos y una mirada que deje de tratarla como eco sentimental de la historia europea para reconocerla como actor decisivo del siglo XXI. América Latina y el Caribe, junto con la Unión Europea, representan más de mil millones de personas, alrededor del 14 % de la población mundial, el 21 % del PIB

global y aproximadamente un tercio de la membresía de Naciones Unidas (Comisión Europea, 2023b). Además, la región posee recursos esenciales para la transición energética, la seguridad alimentaria, la biodiversidad, la conectividad digital y la legitimidad del multilateralismo. Quien no vea esto desde Bruselas, Madrid, Lisboa, París o Berlín seguirá confundiendo la diplomacia de los afectos con la estrategia de los intereses.

Europa dispone de ventajas que no debería despreciar, pues no despierta en Iberoamérica el mismo reflejo defensivo que Estados Unidos ni la misma sospecha de dependencia que China. Comparte con la región lenguas globales, tradiciones jurídicas, universidades, literatura, constitucionalismo, experiencias democráticas, vínculos migratorios, empresas, ciudades, familias y una idea de la dignidad humana que ha atravesado heridas y reconciliaciones. España y Portugal ocupan en este ámbito una posición singular, no porque puedan monopolizar la política europea hacia la región, sino porque poseen una inteligencia histórica que permite comprender matices que otros socios europeos a menudo desconocen. Pero esa proximidad solo tendrá valor estratégico si se acompaña de inversión, conocimiento, institucionalidad y ambición. La afinidad sin presencia se convierte en retórica, y la memoria sin proyecto acaba siendo museo.

La doctrina Donroe debería empujar a Europa a diseñar una verdadera hoja de ruta atlántica con Iberoamérica. Esa hoja de ruta exige aplicar con visión estratégica

el acuerdo con Mercosur, cuyo proceso culminó políticamente el 6 de diciembre de 2024 tras más de dos décadas de negociación y que, desde su aplicación provisional como acuerdo interino el 1 de mayo de 2026, se ha convertido en una prueba del peso geoeconómico europeo en un mundo cada vez más fragmentado (Comisión Europea, 2024, 2026).

También exige profundizar los vínculos con México y Chile, movilizar inversiones en litio, cobre, hidrógeno verde, seguridad alimentaria, transición energética, industria farmacéutica, inteligencia artificial, satélites, educación superior e investigación. Requiere, además, cooperar en seguridad frente al crimen organizado sin militarizar problemas que necesitan instituciones civiles, justicia eficaz, capacidades fiscales, control democrático del territorio y desarrollo social. Una política europea madura debe entender que la seguridad no se construye solo con fuerza, sino con Estados capaces de ejercer autoridad legítima y economías que conviertan la riqueza natural en capacidad productiva.

Iberoamérica, por su parte, necesita convertir su pluralidad en inteligencia estratégica. América del Sur, Centroamérica, México y el Caribe no comparten siempre las mismas prioridades, pero todos enfrentan una presión creciente entre grandes potencias. La región no puede permitirse vivir como pieza auxiliar del norte, ni como espacio de expansión acrítica de China, ni como simple destinataria de promesas europeas formuladas con belleza y ejecutadas con lentitud. La autonomía

se construye precisamente evitando la sustitución de una dependencia por otra, multiplicando opciones, fortaleciendo instituciones, negociando con dignidad y convirtiendo los recursos naturales en capacidades científicas, tecnológicas, educativas e industriales.

Simón Bolívar comprendió con lucidez dolorosa que la independencia política podía perderse después por división, debilidad o dependencia económica. En el Discurso de Angostura condensó esa intuición en la conocida fórmula "Unidad, Unidad, Unidad, debe ser nuestra divisa" (Bolívar, 1819/2019, p. 423). Dos siglos más tarde, aquella advertencia conserva toda su actualidad, no como invocación sentimental al pasado, sino como recordatorio de que ninguna región fragmentada puede negociar con dignidad en un mundo de potencias continentales.

Vista desde esa perspectiva, la doctrina Donroe plantea un doble desafío. Para Iberoamérica, obliga a transformar la memoria de la emancipación en capacidad de concertación política, económica y diplomática. Para Estados Unidos, exige comprender que el liderazgo hemisférico solo puede ser estable si no degrada la cooperación en obediencia ni convierte la vecindad en dependencia. El riesgo de Donroe para Washington es precisamente ese, confundir liderazgo con subordinación. Si trata la cooperación hemisférica como obediencia, empujará a numerosos países a buscar equilibrios alternativos; si interpreta toda presencia china como agresión y

toda autonomía regional como deslealtad, estrechará el margen de maniobra de sus socios y alimentará una diplomacia de compensación.

Del mismo modo, si militariza la lucha contra los carteles sin reforzar simultáneamente instituciones, justicia y desarrollo, reactivará memorias de intervención que siguen muy vivas en la región. La grandeza norteamericana ha sido más duradera cuando supo combinar poder y atractivo, fuerza y previsibilidad, interés propio y respeto. Por ello, la primacía impuesta puede obtener resultados rápidos y sonoros, pero la influencia que se gana mediante confianza resiste mejor el paso del tiempo y los vaivenes políticos.

El riesgo para Europa es distinto, aunque no menor. Puede quedar atrapada en una irrelevancia elegante, satisfecha con comunicados impecables, cumbres bien redactadas y principios que todos elogian mientras otros actores ocupan los espacios decisivos. La historia internacional no premia a quien tiene razón demasiado tarde, del mismo modo que tampoco espera a que los europeos resuelvan todas sus divisiones internas antes de actuar. Si la Unión no acompaña sus valores de instrumentos, su palabra perderá densidad. Si no convierte su relación con Iberoamérica en política de poder legítimo, otros definirán los términos de esa relación. Y si no comprende que el Atlántico ampliado será uno de los escenarios del nuevo orden, terminará descubriendo que su vecindad estratégica ha sido dibujada por manos ajenas.

Hay además un problema doctrinal de enorme profundidad. Si el siglo XX intentó construir instituciones internacionales fue precisamente porque las sociedades habían conocido el precio humano de un mundo abandonado a la pura voluntad de los fuertes. Woodrow Wilson, con todos los límites y contradicciones de su tiempo, introdujo en los Catorce Puntos la idea de una asociación general de naciones destinada a ofrecer garantías recíprocas de independencia política e integridad territorial (Wilson, 1918).

La Carta de las Naciones Unidas consagró después, en un lenguaje nacido del desastre, la igualdad soberana de los Estados y la prohibición del uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado (Naciones Unidas, 1945). Puede discutirse cuánto han cumplido las potencias esas promesas, y la historia demuestra que muchas veces las han traicionado, pero renunciar a ellas equivaldría a aceptar que la política internacional vuelva a ser administrada sin pudor como reparto de zonas, tutelas y obediencias.

Por eso Europa no puede aceptar, ni siquiera cuando la invoca un aliado indispensable, que una gran potencia posea derechos especiales sobre su vecindario por razones históricas, geográficas o de seguridad. Si se admite esa lógica en las Américas, ¿con qué autoridad se rechazará la pretensión rusa de decidir el destino de Ucrania o de condicionar la soberanía de Europa oriental? ¿Cómo se cuestionará la presión china sobre Taiwán o sobre el mar de China Meridional? Los principios valen cuando obligan también frente a los amigos. La Unión Europea debe defender una idea

difícil, pero imprescindible, según la cual la geografía pesa, la seguridad importa y las potencias tienen intereses legítimos, aunque ninguna de esas realidades autoriza a reducir a los vecinos a piezas silenciosas del tablero de otro.

Henry Kissinger recordó en *World Order* que todo orden internacional necesita una combinación aceptable entre poder y legitimidad, porque ningún equilibrio se sostiene durante mucho tiempo solo mediante la coerción ni solo mediante la invocación abstracta de principios (Kissinger, 2014). Esa enseñanza permite leer Donroe con mayor precisión. El peligro principal no nace de que Estados Unidos defienda intereses hemisféricos, algo comprensible en cualquier gran potencia, sino de la posibilidad de que esa defensa derive hacia una arquitectura de obediencia capaz de erosionar la legitimidad del propio liderazgo norteamericano.

Esta posición no exige antiamericanismo. Sería un error histórico y estratégico. Estados Unidos seguirá siendo aliado esencial de Europa en defensa, inteligencia, tecnología, disuasión nuclear y equilibrio global. La cuestión consiste en aprender a hablar con Washington desde una mayoría de edad europea, sin confundir la alianza con obediencia ni la autonomía con ruptura.

Una alianza digna no exige obediencia automática ni distancia teatral. Exige intereses claros, capacidades propias, franqueza y respeto. Europa puede cooperar con Estados Unidos frente a la coerción china, la vulnerabilidad de infraestructuras

críticas, las redes ilícitas y el desorden transnacional, pero debe hacerlo sin aceptar que Iberoamérica quede reducida a patio trasero ni que la seguridad hemisférica se convierta en categoría superior a la soberanía de los Estados.

La previsión estratégica obliga a mirar más allá de la coyuntura, pero también a mirar por debajo de ella, hacia las vidas que quedan expuestas cuando las grandes potencias convierten la geografía en destino. La doctrina Donroe anuncia un mundo más regionalizado, más competitivo y más peligroso, en el que las grandes potencias buscarán asegurarse recursos, corredores, mares próximos, tecnologías críticas y lealtades políticas antes de aceptar compromisos universales.

El multilateralismo no desaparecerá, pero será más frágil, y el derecho internacional seguirá siendo indispensable, aunque necesitará defensores más efectivos. De la misma manera, la globalización no se extinguirá, pero será más selectiva, más securitizada y más dependiente de bloques flexibles. En ese escenario, Europa e Iberoamérica pueden limitarse a reaccionar o pueden construir una arquitectura propia de equilibrio. La diferencia entre ambas opciones determinará si serán sujetos de la historia o escenario de la historia de otros.

Esa arquitectura debería descansar en una intuición mayor. Europa e Iberoamérica comparten una experiencia histórica suficiente para desconfiar de las hegemonías sin caer en el aislamiento, para valorar el derecho sin desconocer el poder

y para defender la soberanía sin convertirla en encierro. Pueden ofrecer al mundo una forma de cooperación menos brutal que la lógica imperial y menos ingenua que el universalismo sin instrumentos, pero esa posibilidad no se realizará por inercia, porque exige pensamiento, continuidad, recursos, instituciones y liderazgo. Exige también que España asuma su función de articulación sin arrogancia, que la Unión Europea comprenda que el vínculo iberoamericano no constituye un apéndice cultural sino una dimensión estratégica de su presencia global, y que América meridional se piense a sí misma como espacio de decisión en un mundo que disputará sus riquezas, sus votos, sus rutas, sus bosques, sus mares y su imaginación política.

La doctrina Donroe contiene una intuición verdadera y una tentación peligrosa. La intuición verdadera reconoce que la seguridad de una potencia empieza muchas veces en las geografías cercanas, en los puertos, fronteras, cables, minerales, rutas y cadenas de suministro. La tentación peligrosa aparece cuando esa constatación se utiliza para reinstaurar jerarquías hemisféricas. Entre la ingenuidad globalista y el regreso de los protectorados existe un camino más difícil y más noble, el de las asociaciones de soberanos capaces de cooperar sin anularse. Ese debería ser el camino europeo, y también el camino iberoamericano.

En Yuste, donde el poder imperial aprendió la disciplina del retiro, se entiende mejor que en otros lugares que toda hegemonía que olvida la prudencia termina confundiendo grandeza con exceso. El siglo XXI no será gobernado por nostalgias ni

por buenos deseos, sino por quienes sepan unir poder, derecho, memoria y previsión. Si Europa despierta, todavía puede hacer de su relación con Iberoamérica una de las grandes arquitecturas de equilibrio del nuevo orden internacional. Si no despierta, otros decidirán por ella. Y si Iberoamérica no convierte su riqueza en capacidad y su memoria en estrategia, volverá a habitar una geografía trazada por manos ajenas.

Donroe es, por eso, mucho más que una palabra. Es el hilo del que pende una pregunta decisiva sobre el orden que viene, sobre si el siglo XXI quedará organizado como una suma de esferas vigiladas por potencias que reclaman derechos sobre sus vecinos, o si todavía será posible construir espacios de cooperación donde la seguridad no devore a la soberanía, la fuerza no tenga siempre la última palabra y los pueblos no sean reducidos a materia pasiva de decisiones ajenas.

Raymond Aron enseñó que la política internacional pertenece al territorio de la prudencia porque nunca se mueve en un mundo de certezas absolutas, sino entre riesgos, fuerzas, intereses y consecuencias (Aron, 1962/1985). Esa es precisamente la lección que Europa e Iberoamérica deberían extraer de este retorno hemisférico. La respuesta no puede aplazarse, porque cuando las grandes potencias vuelven a ordenar el mundo en círculos de influencia, los pueblos que carecen de estrategia dejan de ser autores de su destino y pasan a convertirse en territorio de la estrategia ajena.

Referencias

Adams, J. Q. (1821, 4 de julio). *An Address Delivered at the Request of the Committee of Arrangements for Celebrating the Anniversary of Independence*. Library of Congress. https://www.loc.gov/item/09002944/

Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones*. Alianza Editorial. Obra original publicada en 1962.

Bolívar, S. (2019). Discurso pronunciado por Simón Bolívar ante el Congreso de Venezuela en Angostura, 15 de febrero de 1819. *Co-herencia, 16*(31), 397-424. https://doi.org/10.17230/co-herencia.16.31.13

Borrell, J. (2020, 29 de octubre). *Europe Must Learn Quickly to Speak the Language of Power*. European External Action Service. https://www.eeas.europa.eu/eeas/several-outlets-europe-must-learn-quickly-speak-language-power_und

Borrell, J. (2024, 29 de noviembre). *The Difficult Process of Learning to "Speak the Language of Power"*. European External Action Service. https://www.eeas.europa.eu/eeas/difficult-process-learning-speak-language-power_en

Comisión Europea. (2019, 26 de noviembre). *Speech by President-elect von der Leyen in the European Parliament Plenary on the Occasion of the Presentation of her College of Commissioners and their Programme*. https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/speech_19_6408

Comisión Europea. (2023a, 16 de julio). *Commission Presents Global Gateway Investment Agenda with Latin America and Caribbean*. https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/ip_23_3863

Comisión Europea. (2023b). *Latin America and the Caribbean*. Directorate-General for Energy. https://energy.ec.europa.eu/topics/international-cooperation/key-partner-countries-and-regions/latin-america-and-caribbean_en

Comisión Europea. (2024, 6 de diciembre). *EU and Mercosur Reach Political Agreement on Groundbreaking Partnership*. https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/ip_24_6244

Comisión Europea. (2026). *Factsheet: Provisional Application of the EU-Mercosur Agreement. How to Export Goods and Services*. https://policy.trade.ec.europa.eu/eu-trade-relationships-country-and-region/countries-and-regions/mercosur/eu-mercosur-agreement/factsheet-provisional-application-eu-mercosur-agreement-how-export-goods-and-services_en

Consejo de la Unión Europea. (2025, 9 de noviembre). *Joint Declaration of the CELAC-EU Summit 2025*. https://www.consilium.europa.eu/media/tfqicb1f/joint_statement_celac_20251109.pdf

Kissinger, H. (2014). *World Order*. Penguin Press.

Le Grand Continent. (2025, 8 de diciembre). *Donroe: el corolario Trump a la doctrina Monroe*. https://legrandcontinent.eu/es/2025/12/08/donroe-el-corolario-trump-a-la-doctrina-monroe/

Monnet, J. (1976). *Mémoires*. Fayard.

Naciones Unidas. (1945). *Carta de las Naciones Unidas*. https://www.un.org/es/about-us/un-charter/full-text

National Archives. (2022, 10 de mayo). *Monroe Doctrine (1823)*. https://www.archives.gov/milestone-documents/monroe-doctrine

Office of the Historian. (s. f.). *Roosevelt Corollary to the Monroe Doctrine, 1904*. U.S. Department of State. https://history.state.gov/milestones/1899-1913/roosevelt-and-monroe-doctrine

Reuters. (2025, 5 de diciembre). *Trump Strategy Document Revives Monroe Doctrine, Slams Europe*. https://www.reuters.com/business/finance/trump-strategy-document-revives-monroe-doctrine-slams-europe-2025-12-05/

Solana, J. (2002, 15 de octubre). *Discurso de Javier Solana, Alto Representante de la Política Exterior y de Seguridad Común de la UE dirigido al grupo de trabajo "Acción exterior" de la Convención. Bruselas, 15 de octubre de 2002*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra/discurso-de-javier-solana-alto-representante-de-la-politica-exterior-y-de-seguridad-comun-de-la-ue-dirigido-al-grupo-de-trabajo-accion-exterior-de-la-convencion-bruselas-15-1138296/

The White House. (2025a, diciembre). *National Security Strategy of the United States of America*. https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf

The White House. (2025b, 2 de diciembre). *America 250: Presidential Message on the Anniversary of the Monroe Doctrine*. https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/12/america-250-presidential-message-on-the-anniversary-of-the-monroe-doctrine/

The White House. (2026a, mayo). *2026 United States Counterterrorism Strategy*. https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2026/05/2026-USCT-Strategy-1.pdf

The White House. (2026b, 7 de marzo). *Commitment to Countering Cartel Criminal Activity*. https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2026/03/commitment-to-countering-cartel-criminal-activity/

Wilson, W. (1918, 8 de enero). *President Woodrow Wilson's Fourteen Points*. National Archives. https://www.archives.gov/milestone-documents/president-woodrow-wilsons-14-points